



MI PRESUNTA AMISTAD CON ALFONSO CALDERÓN

Marcelo Pellegrini

Los años cubiertos en Chile no fueron generosos en muchos ámbitos de la vida de sus ciudadanos, y la cultura no fue una excepción. En esa década, durante la que transcurrió mi infancia en Valparaíso, desarrollé el gusto por la lectura, que pronto se transformó, ya en la adolescencia, en un afán por imitar lo que leía; lentamente decidí ser escritor. Como todo joven aspirante en esos menesteres, comencé a preguntarme dónde podía leer, y, opalá, conocer un persona, a los escritores de mi tradición más inmediata, que en el caso de la chilena abunda en una variedad de nombres y tendencias a veces sorprendente. Pero poco había que explorar en esa época, porque los escritores chilenos, salvo algunas olvidables excepciones, andaban en el subyuelo de la vida cívica, marginados al interior del país, o viviendo un largo exilio. A veces, sin embargo, se percibían algunas fuentes de verdadero oxígeno creador; una de ellas fue una breve crónica que apareció en la "Revista del Domingo", del diario *El Mercurio* de Santiago, no recuerdo si en 1986 ó 1987. Su tema era la obra de Michel de Montaigne, un escritor del que yo nunca había oído hablar; su autor respondía a otro nombre desconocido para mí: Alfonso Calderón. La crónica, que trataba sobre una visita que Montaigne había hecho a Burdeos, de la que dejó noticia en uno de sus tantos ensayos, fue una ventajosa revelación: tenía claridad y elegancia, y dibujaba —esa es la palabra— una figura de Montaigne tan elocuente, que lo único que quise hacer después de leerla fue ir a comprar el primer libro de ese autor que pudiera encontrar en las precarias librerías de Valparaíso. Fue gracias a ese texto de Calderón, breve y conciso, pero no menos informativo e invitante, que supe que existía el género del ensayo, y por lo tanto la literatura moderna, uno de cuyos padres fundadores es el escritor francés. Desde ese momento que no he dejado de leer a Montaigne, cuya obra para mí se reveló gracias a un azaroso encuentro con unas palabras sobre él que todavía recuerdo vívamente.

No conocí personalmente a Alfonso Calderón, pero sí a uno de sus mejores amigos, Pedro Lasta, quien con el tiempo se ha transformado en entrañable amigo mío también. Comencé a leer a Lasta al inicio de la década de los noventa, y fue poco después de mi encuentro con sus poemas y sus ensayos que tuve mi primera conversación personal con él, en uno de los más tradicionales cafés de Viña del Mar. Recuerdo que Pedro, lector voraz cuya memoria deja sorprendidos a sus interlocutores por lo amplia y detallada, llegó a esa reunión comentando que la noche anterior había leído *El velo de la mariposa satánica*, un volumen de los diarios de Alfonso Calderón, publicado hacía poco. Comentó en detalle algunos puntos de ese libro que lo dejaron sorprendido: las amplias y variadas lecturas de su amigo, las innumerables e inteligentes referencias que en las páginas de ese diario de vida, que era también de lecturas, había sobre

Mi presunta amistad con Alfonso Calderón [artículo] Marcelo Pellegrini.

Libros y documentos

AUTORÍA

Pellegrini Mac-Lean, Marcelo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2009

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mi presunta amistad con Alfonso Calderón [artículo] Marcelo Pellegrini.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile